

DIEGO MARTÍNEZ TORRÓN, *Al amor de ella. Poesía completa (1974-2014)*, Sevilla, Alfar, 2016, 670 págs.

*Yo nací  
con una pluma  
en la mano,  
y una página en blanco  
en la cabeza.*

Este poemario de poemarios, *Al amor de Ella*, recoge toda la obra poética de Diego Martínez Torrón, poeta y catedrático de literatura española, aparecida hasta ahora, lo cual equivale a decir que aglutina casi cuarenta años de poesía, desde su primer libro, *Guiños* (1981), finalista *Premio Ámbito Literario* de 1980, hasta el último<sup>1</sup> inédito *Llorar por Ella (poemas de amor y muerte)* que ha incluido, por tanto del 2016.

Son en total 670 páginas de un “libro de amor” —denominación que le dio Jorge Guillén a través de una carta-prólogo en *Alrededor de ti*, incluido aquí—, con un lenguaje moderno y lleno de riqueza que guarda paralelismo —que es— con el cancionero amoroso, desde una lectura si se quiere más académica a la que nos lleva el título de la obra; eso sí, en un contexto familiar o doméstico por la cercanía afectiva que caracteriza a las tres “damas” que protagonizan esta plenitud íntima, desde un lenguaje que transmite sinceridad, y a las que materializa también como la poesía, la música, la naturaleza, el cielo azul, el mar, Córdoba... María del Pilar la mujer del poeta,

<sup>1</sup> En total nueve libros de los que por medio hay que incluir: *Alrededor de ti* (carta-prólogo de Jorge Guillén, 1984), *La cuatro estaciones y el amor* (1990), *La otra tierra* (prólogo de Luis Alberto de Cuenca, 1990), *Tres pájaros en primavera* (prólogo de Ángel Crespo, 1995), vendría a continuación *El palacio de la sabiduría* (prólogo de Jaime Siles, 2001) —este libro aparece desdoblado en dos títulos diferentes: *Deliquios*, que abre este poemario y *Sobre tus labios*—, *Adagio al sol* (2007) y *Fantasmas en la niebla* (prólogo de Gustavo Martín Garzo, 2009). Hay que señalar que ya anteriormente, en el 2003, había aglutinado toda su poesía escrita hasta entonces bajo el título *Mirar la luna, Poesía Completa (1974-2002)*, y para terminar, cabe completar este recorrido con dos antologías bilingües que incluyen poemas de Diego: *Una folla di voci (Una multitud de voces; italiano-español, 1992)* y *Poèmes de l'oubli (Poemas del olvido, francés-español, en prensa)*. Estos poemarios recoge *Al amor de Ella*.

Blanca y Rocío, hijas de ambos —“mis tres / pájaros de primavera” (p. 315)—.

Maripi es inicialmente Ella —(“Ella es un exceso de la Vida. / (...) Ella es la sombra de mi alma / y la cifra de mi deseo”)—, fallecida recientemente, lo que estructura el poemario en dos partes: *In vita di Maripi*, que incluye todos los libros menos el último; e *In morte di Maripi*, el último libro *Llorar por Ella*.

Esta estructura está reforzada con un poema-prólogo y otro final o colofón que cierra lo que Diego denomina un ciclo, el de Ella: “su musa inspiradora, a la que Jorge Guillén enseñó a denominar como Ella: quizás para indicar que la Amada es total y en mayúscula; y que la amada concreta, la persona que te vive, es a la vez símbolo y metáfora de todas las mujeres que viven, aman y sueñan”.

En el poema-prólogo nos anticipa su visión de la poesía y de la vida (p. 16): “No existe la Belleza. / Existen las cosas bellas. / Existe la mujer. / Existe el amor, aunque se escape. / Existe la vida, aunque se escape. / No existe la Noche. / Existe la oscuridad. / No existen los dioses. / Existe el Universo que nos alberga, nos arropa y nos espera. / Y no existe la Muerte, porque no la conoceremos: / Porque cuando ella llegue, nos habremos ido. / Porque no existe el Tiempo: / Existe solo tu tiempo”.

Como observamos la palabra que más se repite es “existe”; la existencia desnuda, como nos aclara, y vivida, de lo cual da fe un poemario que refleja la capacidad de saber transmitir lo que siente y a su vez emociona al lector; lo cual no es fácil y Torrón lo consigue.

El libro concluye desde la pérdida de *Ella*, y cierra el ciclo, como decía anteriormente, con un poema titulado FINAL (pp. 664-667), dedicado a “A Jorge Guillén, en su mar”: “Y así, / mientras la luz se iba, / terminé / —con este libro— / mi diálogo / contigo: / donde quiera / que estés, / mi mitad / otra”.

También: “Fin de una estación. / Fin de un ciclo. / ¿Nace otro? / ¿Hasta cuándo?”.

Y otro poema: “NADA. / VIDA. / AMOR. / NADA. // NADA”.

Y posiblemente serían también los versos de J. Guillén —“Advenimiento” (*Cántico*)— los que podrían dar respuesta a esos interrogantes: “Todo lo que perdí / Volverá con las aves / (...) El que yo fui me espera / Bajo mis pensamientos...”.

Las otras dos “damas del cancionero” son Blanca (“es el sueño eterno / en el jardín de mi mente”) y Rocío (“Eres la virgen de un

sueño blanco, / un pétalo / en el rosetón de la catedral / del silencio”) que se funden en la lírica amorosa de Diego, creando un todo armónico que se caracteriza también por la presencia de un yo poético que se expresa de forma sencilla, profunda y sincera, ya que el poeta entiende la poesía como “una experiencia de luz, una palabra sencilla —propugno hasta hoy, y mañana romperé el pacto, una *estética de la sencillez* cincelada—, caricia de la mente sobre la página”.

Estas palabras pertenecen a “O prólogo o poética” de su libro *Tres pájaros en primavera*, donde también señalaba Ángel Crespo que lo prologó: “Eso es lo que quiere este poeta, que todo quede bien claro a fuerza de nombrarlo, que todo sea en sus versos tan espontáneo y tan maravillosos como hacer el amor, como escribir esos mismos versos”.

Esta búsqueda a través del lenguaje poético se corresponde con la de otros escritores como Azorín (“Pensar claro y escribir claro”) o Luis Alberto de Cuenca —prologó el poemario *La otra tierra*— y su estética posterior de la *Línea Clara*, por citar solo dos ejemplos. Es en el poemario *La otra tierra* donde el poeta reflexiona a través de estrofas metapoéticas sobre el lenguaje y la poesía en la búsqueda de la expresión de lo inefable:

...Poema es pensar con el alma.  
Poema —amor—  
No es la exhibición fatua de la imagen:  
Es rozar lo Infinito  
Que tenemos dentro.

En el poema “De la poesía” vuelve sobre ello: “Poesía (...) es la aspiración y luz más elevada, / el sentido de lo sublime / y el sentido del mundo”, pero precisamente por esa condición de lo que intuimos pero no podemos hallar las palabras precisas es por lo que aparece la dificultad de nombrarlo:

¡Qué difícil es la palabra!  
Esa palabra oscura  
Que no entendemos  
Y trata de ser luz.

Versos que nos traen a la memoria las palabras de otro poeta andaluz, cuya sombra en ocasiones parece que planea por este libro; me refiero a Gustavo A. Bécquer, quien en su *Introducción sinfónica* afirmaba: “que entre el mundo de la idea y el de la forma existe un

abismo que solo puede salvar la palabra”; pero esa palabra ofrece en muchas ocasiones la dificultad de encontrarla, como en la Rima [11]: “domando el rebelde mezquino idioma”.

No es fácil la conjunción de claridad y profundidad, y Diego lo logra en unos poemas que además del tema amoroso abarca otros como “la reflexión sobre la literatura y el arte —como observamos—; y una visión de la naturaleza que parte de un difuso misticismo idealista y metafísico, que evoluciona hacia el panteísmo”.

El libro es un conjunto de poemarios que representan tres épocas en su poesía: una primera, más surrealista desde el lenguaje y las imágenes, pero con “la búsqueda apasionada del amor como sentido de la poesía” —*Guiños*—; una segunda, caracterizada por la *estética de la sencillez* que busca “un planteamiento más profundo sobre el amor” —*Alrededor de ti, Las cuatro estaciones y el amor, La otra tierra, Tres pájaros en primavera y Sobre tus labios*—. Y la tercera, de una poesía no justificada por la belleza, sino por el amor y el dolor —*Adagio al sol, Fantasmas en la niebla y Llorar por Ella*—.

Diego busca moldear la expresión de unas emociones para transformarla en poema; este como resultado final y distinto de la poesía, lo reitera en varias ocasiones: “Porque la Poesía, / no los poemas, / es la aspiración y luz...” (en “De la poesía”, p. 331). El poema es el acto final de ir convirtiendo la poesía en palabra poética.

Encontramos otro sentido a ese *Ella* guilleniano que remite a la mujer, en este caso María del Pilar, junto a Rocío y Blanca, como proyecciones de ese amor, y debajo de eso lo inefable, que se expresa a través de la luz, lo sublime que solo puede expresar el poeta —como si se tratase de una concepción romántica—: “Pero el mundo que ve el artista / completa la percepción / de lo que existe, / y nos ayuda / a comprenderlo mejor / en su única, / insoslayable, / insólita belleza//”, en “Teoría de lo sublime” (p. 481), ya que ese *Ella* es también la poesía. Poesía = mujer; mujer = poesía. Y la palabra poética de Diego comunica la idea y las vivencias pasadas, desde el corazón y la mente, y revela su verdadero carácter poético, original y espontáneo.

Podemos añadir que es el libro de un enamorado, un poemario cargado de sentimiento, de sustancia vital, de reflexión sobre el amor, la vida, la literatura... Diego refleja en el verso su enamoramiento y esto permite un doble juego de identidad: o bien el deseo de sentirse querido de esa manera —identificación con *Ella*—, o bien el deseo de poder querer así a otra persona.

*Al amor de Ella* tiene vida, y en ella hay sensibilidad, afecto, ternura, dolor, tristeza, pesar, delicadeza, pasión...; y también una gran capacidad evocadora, y esa riqueza es importante. Diego anuncia que “abandona con este libro la poesía, porque desapareció su musa inspiradora”; sin embargo esperamos que no se apague la voz del poeta, que no le eche agua al fuego interior capaz de crear libros como el que hoy tenemos en las manos.

ANTONIO ARROYO ALMARAZ  
*Universidad Complutense de Madrid*